



ESPACIO, TIEMPO Y FORMA 1

AÑO 2013
NUEVA ÉPOCA
ISSN 1130-4715
E-ISSN 2340-1478

SERIE VII HISTORIA DEL ARTE
REVISTA DE LA FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

UNED

ARICÒ, Nicola. *Architettura del Tardo Rinascimento in Sicilia. Giovannangelo Montorsoli a Messina (1547-57)*. Firenze, Leo S. Olschi Editore, 2013

Alicia Cámara Muñoz¹

<http://dx.doi.org/10.5944/etfvii.1.2013.11917>

En el libro de Nicola Aricò se abordan cuestiones centrales para la comprensión de la circulación de modelos en el Mediterráneo del siglo XVI. No solo por lo sucedido entre Florencia y Sicilia con el viaje de Montorsoli, sino también por el papel de los virreyes, y por abordar el estudio de cada obra en relación con la ciudad y el territorio. La antigüedad y el mito en la memoria de una ciudad, y el ejercicio del poder que transforma los espacios con el gran argumento del bien público, son caminos que nos invitan a transitar por el estrecho de Messina y por un libro en el que se refleja el protagonismo de lo urbano en el pensamiento político de la época.

Giovannangelo Montorsoli, formado en Florencia, había trabajado con Miguel Ángel, y era buen conocedor de su arquitectura, de su escultura, pero también del pensamiento neoplatónico antes de llegar en 1547 a Messina, donde estuvo hasta 1557. Aricò se ha decidido por hacer un análisis preciso y pausado, a veces emocionante, del arquitecto que fue Montorsoli en Messina, comenzando con la gran fuente de Orión, fundador mítico de la ciudad, preñada de simbología política, que fue también un «edificio» que introdujo el principio renacentista de la perspectiva centralizada en los ejes visuales que se abrían ante el ciudadano. El profesor Aricò, con referentes intelectuales como Manfredo Tafuri o Massimo Cacciari, a quien dedica este libro, está interesado desde hace tiempo por una visión amplia y compleja de un renacimiento italiano contemplado desde Sicilia, y ha estudiado grandes intervenciones en Messina en el XVI, como la palazzata (*La palazzata di Messina*, 2010), la Torre di San Ranieri o Linterna (*Diaspora dell'Origine. Messina: La penisola di San Raineri*, 2002, *La torre della Lanterna di Giovannangelo Montorsoli*, 2005), así como se ha ocupado de textos teóricos. En ese aspecto cabe señalar muy especialmente el libro de arquitectura escrito por un jesuita siciliano a finales del XVI para la enseñanza (*Libro di Architettura. Da L.B. Alberti ad anónimo gesuita siciliano del tardo secolo XVI*, 2005), en cuyo estudio el exquisito análisis filológico, y un profundo conocimiento de la arquitectura renacentista italiana se perciben en cada página. Un texto que el jesuita escribía cuando llegó a Messina Jacopo del Duca, arquitecto en el origen de la palazzata, porque Messina fue lugar de intercambio, plantada en medio del Mediterráneo, frente al turco, con un puerto por el que transitaba todo el comercio de ese mar, y una sociedad permeable a todo lo que llegaba.

Orión se apropió de la fuente para celebrar la llegada del agua a la ciudad gracias a la ingeniería, de lo que según Vasari se ocuparía el propio Montorsoli al llegar a

1. Catedrática del Departamento de Historia del Arte, UNED (acamara@geo.uned.es).

Messina, además de ser el gran escultor capaz de hacer una fuente de la que manara el agua que celebraba el triunfo del gobernante empeñado en el bien público. Como dice el autor, estaba destinada a ser el nuevo emblema de la ciudad e imagen política, adquiriendo así, como tantas fuentes de la Edad Moderna, categoría de monumento capaz de convertir Messina en una verdadera ciudad del Renacimiento. Ello comportó la demolición parcial de otros edificios, que la ciudad defendió como memoria histórica de su pasado y grandeza. Y en eso intervino también Montorsoli, proyectando una nueva iglesia que permitiera, reduciendo a un tercio el tamaño de la existente, construir la fuente. La iglesia redimensionada, la Casa de la Ciudad, en la que se hubiera centralizado toda la administración, y la fuente como eje perspectivo y simbólico del espacio del poder, hubieran creado una plaza renacentista acorde con las funciones y la regularidad que la historiografía ha considerado que caracterizan a las grandes empresas urbanísticas de la época.

Un personaje que va apareciendo a lo largo del libro es el virrey Juan de Vega, y esto no debe ser considerado un tema menor. Gracias a su protección y a la de su esposa Leonor de Osorio, la orden jesuita se establecería en la isla, y esa querencia por la orden se vio a la hora de su muerte, con un confesor jesuita, y con Francisco de Borja ejerciendo de testigo en su testamento. Como recuerda Aricò, para el «Collegio prototipo» de Messina el mismo San Ignacio de Loyola daría orientaciones, justificadas por la importancia de ese puerto en el camino a Oriente. El colegio jesuítico, el hospital, el nuevo palacio real, la reconstrucción de la torre o Linterna, debida también a Montorsoli... se enmarcan en la voluntad del virrey Juan de Vega de transformar mediante la arquitectura y el arte las ciudades bajo su gobierno. La renovación del palacio está en la misma línea de otras actuaciones en las residencias de los virreyes italianos de Nápoles y Sicilia y del gobernador de Milán en las mismas fechas, fruto del deseo y sobre todo de la necesidad de potenciar la imagen del virrey. A ello se suma en este caso lo que demandaba una ciudad que reclamaba que la presencia de la corte se repartiera entre Palermo y Messina. A finales de siglo se argumentaba que Palermo estaba en el lugar más cómodo para acceder desde todo el reino, y en cambio Messina estaba «distante del cuerpo del reino». Sentido de centralidad, con origen en Platón, como argumentación en la que se suma la geometría al símbolo, al buscar la posición central de las capitales, que vemos en tratados como los de Marchi y Maggi y Castriotto, y en traslados de cortes como la de los Saboya a Turín en 1559 y la de Felipe II a Madrid en 1561. La residencia de la corte y de la administración de los reinos acabaría siendo el «corazón», en una metáfora de los reinos como cuerpo humano muy querida en los siglos XVI y XVII, pero también imagen de equilibrio de poder, y aplicación de la geometría al desarrollo económico y control de los territorios. La rivalidad de Messina con Palermo se vio compensada por actuaciones urbanas en la primera como las de Vega y Montorsoli, y la posición privilegiada en el estrecho, además del comportamiento de sus elites urbanas hizo de Messina un caso especial, tal como estudia Aricò.

El papel de los virreyes se manifestó en las inscripciones que creaban la memoria histórica de los edificios, y así, los panegiristas atribuyeron la palazzata, acabada a comienzos del XVII, al virrey Emanuele Filiberto de Saboya, que la terminó, como ya estudió Aricò, porque no eran los arquitectos, sino los gobernantes los que dejaban

su nombre ligado a las grandes obras. Fue realizada para competir con las grandes reformas urbanas de Palermo, y las imágenes que se conservan todavía hoy nos impresionan, con ese frente de fachadas palaciegas uniformes abierto al mar de una de las ciudades más ricas de la rica Sicilia. Muchos años antes, en la torre, quiso el virrey Juan de Vega que su nombre pasara a la historia unido al de su emperador, con una inscripción latina en la que la fecha se adelantaba a 1555, lo que le permitió poner el nombre de Carlos, y no el de su hijo Felipe II. La de esta torre fue una obra política y militar, bien construida, con un potente almohadillado, con una inscripción, y con una función de control de uno de los puertos más importantes del Mediterráneo, del que años después saldrá la armada de Lepanto. En otra de las obras de Montorsoli, la fuente de Neptuno, que protagonizaba la vinculación de la ciudad con el mar, y se relacionaba espacialmente con la Aduana nueva, otra obra pública necesaria para el funcionamiento de una ciudad-puerto, Aricò demuestra de nuevo la omnipresencia del emperador Carlos V. Aunque en la inscripción aparezca el nombre del nuevo virrey, don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y en 1557 el rey fuera Felipe II, piensa el autor que fue Juan de Vega, antes de partir, el que sugirió que el rey apareciera como hijo del emperador, como gran mérito de alguien que tenía todavía mucho que demostrar frente a un padre que había deslumbrado a Messina y a toda Italia en su recorrido triunfal por la península. Por otra parte, nos recuerda Aricò, el virrey de Vega recuperó en 1555 una pragmática de comienzos del siglo XV que le permitía expropiar cuando se trataba de construir un edificio para el bien público, y si instrumentos similares fueron utilizados en todas las ciudades de frontera para construir las fortificaciones, es relevante que se recuperase para otros edificios en aras de la policía, la belleza y la uniformidad de las calles principales. Es un dato más que de los muchos, comunes en tantas ciudades de los distintos reinos, que nos llevan a echar en falta un estudio de conjunto sobre los virreyes urbanistas de la monarquía hispánica, lo que sin Sicilia sería imposible.

Juan de Vega abandonó la isla como virrey el mismo año que Montorsoli lo hacía como arquitecto, en 1557. Antes, a través de un viaje que empieza con la llegada del agua a una ciudad, podemos seguir muchos caminos, que se abren en este libro. Analizando una ciudad, un arquitecto, se comprende la expansión de los modelos florentinos, pero también el urbanismo generado bajo el gobierno de Juan de Vega, que buscaba el «onore utili et decoro di questa nobili città», a lo cual iba a contribuir también el ingeniero Pedro Prado. Porque los ingenieros están presentes en este libro, en una isla imposible de entender sin sus fortificaciones. A Pedro Prado, famoso por su intervención en la nueva ciudad de Carlentini (*Pedro Prado e la fondazione di Carlentini*, 2012) y en Malta, ingeniero de confianza del virrey Vega, le fueron encargadas, como a todos los ingenieros, obras políticas y no solo militares, como el proyecto del palacio real de Messina. Al fin y al cabo, si algo ambicionaron los virreyes españoles fue que su gobierno fuera recordado, además de por el buen gobierno en materias como la justicia, por las obras públicas y el embellecimiento de las ciudades, además de por las obras de defensa emprendidas.

Algunos de los dibujos de Montorsoli para Messina se encuentran en el álbum de Fra Giovanni Vincenzo Casale que se conserva en la Biblioteca Nacional de España. Este fraile ingeniero, también servita y discípulo de Montorsoli, heredaría sus

dibujos. Cuando murió en Portugal, siendo ingeniero de la monarquía española, sus dibujos fueron expurgados para que ninguna traza secreta pudiera quedar fuera del control de los ministros del rey, y de las trescientas trazas sobre fortificación que se contabilizaron, ninguna indicaba el lugar al que correspondía, lo que fue interpretado por don Juan de Silva, conde de Portalegre como muestra de la prudencia del fraile, porque todos sabían lo peligroso que podía llegar a ser que dibujos de máquinas de guerra, como eran las fortificaciones, cayeran en manos enemigas, y más si estaban identificadas. Muy distinta fue la difusión de los dibujos de edificios públicos o fuentes, como los que heredó de su maestro Montorsoli, siendo ambos perfectos ejemplos de cómo circularon (o no) los dibujos de arquitectos e ingenieros por el Mediterráneo. Quizá se echa en falta que Aricò no explique las razones para no tomar en consideración la catalogación de la BNE de alguno de los dibujos del álbum, que tan a fondo conoce. La documentación visual que acompaña el texto del libro es esencial para su comprensión, y de ella extrae Aricò nuevas y sugerentes interpretaciones que ligan a Messina con la historia y con el territorio.

La investigación de Aricò sobre Montorsoli en Messina ofrece una extraordinaria documentación inédita de archivo a nuestro conocimiento, pero en ningún caso se queda pegado al dato, sino que interpreta, reflexiona, mira despacio la obra, maneja otro tipo de fuentes históricas y literarias, y va componiendo así la imagen de la Messina de Montorsoli. Puede documentar, que lo hace, la extracción de las piezas del mármol de Carrara para hacer las figuras de los ríos de la fuente de Orión, que fue la más grande construida en Italia en esa mitad del siglo XVI e influirá en otras fuentes posteriores en Florencia o Roma, pero, en una construcción historiográfica que va y viene desde los cimientos de los documentos al ojo que mira y al vuelo del pensamiento, nos explica también cómo esa fuente de Orión se proyectó basándose en el número 4, y aproxima una lectura neoplatónica que completa el estudio político de la gran fuente, que cabría entender como parte de una cartografía del poder en el Mediterráneo del emperador.

Con este libro nos introducimos en un lugar homérico, en uno de los estrechos, entre Escila y Caribdis, míticos de la historia del ese mar entre tierras y en una arquitectura a la que Aricò ha hecho respirar para contarnos lo que guardan sus piedras y las imágenes de sus fuentes. Como escribe, Montorsoli «sembra guardare ai fenomeni della territorialità messinese con l'insaziabilità di nuovo occhi, nel vento albertiano del *quid tum*».